

Perú: ¿un golpe inevitable?

EL «Fujigolpe» de primeros de abril ha vuelto a focalizar la atención en un Perú que suele aparecer ante los ojos del mundo como el país que sufre las llagas más sangrantes de América.

El Perú es una sociedad cuyos pilares básicos se desmoronan. Está en crisis galopante la economía. Si en 1986 la tasa de inflación era de un 62,9 por 100 anual, en 1989 rebasaba el 3.000 por 100 anual y en 1990 al acceder al poder Fujimori, llegaba al 7.657,8 por 100 anual. En julio de 1990 el salario mínimo legal era de 40 \$ mensuales. El último año los salarios han bajado entre un 50 en las empresas privadas y un 70 por 100 en las empresas públicas.

Está en crisis la política y esto no sólo en Perú sino también en otros muchos países de América Latina. Un tanto por ciento elevado de la población, en torno al 80 por 100, cree en la democracia en general, pero desconfía radicalmente de la democracia de su propio país. Defiende en teoría la necesidad de partidos políticos, pero en los de su país ve únicamente grupos que buscan el propio interés y no el bien de la sociedad.

En el Perú hay una fuerte crisis de toda la sociedad. Comienza la desestabilización por el propio crecimiento demográfico, que es el mayor de toda América Latina. En sólo

siete años el Perú aumentó su población en tres millones y medio de habitantes, que es el doble del aumento de la población a lo largo de todo el siglo XIX. Si Perú tenía 14 millones de habitantes en 1972, hoy cuenta con 22 millones.

La ciudad de Lima ha pasado en treinta años de una población de un millón a la actual de siete millones.

Este crecimiento demográfico ha desatado una fuerte transformación en la sociedad peruana. La sierra en gran parte se ha despoblado y sus habitantes han emigrado a la costa. Este éxodo del campo a las ciudades —más del 50 por 100 de los costeños provienen de la sierra—, que no estaban preparadas para la acogida de tantos emigrantes ha hecho surgir los «pueblos jóvenes», grandes concentraciones de población que se arraciman en superficies sin infraestructura, donde viven amontonados sin recursos y sin ley.

Protagonistas en escena

ANTE esta situación diversos «agentes» han aparecido en escena. Unos, como la tradicional derecha económica, para desertar insolidariamente del campo de acción y buscar paraísos donde se alcanzan mayores beneficios y menores riesgos. Una total desconfianza en los mecanismos e instituciones del país ha frenado la inversión privada que, independientemente del régimen político, ha venido decreciendo desde hace casi cuarenta años.

El paro galopante ha llevado a otros muchos a buscar recursos en el narcotráfico. No se olvide que las personas en edad laboral han pasado en Perú, en veinte años, de 7,5 millones a 15 millones. De ellas un 80 por 100 están en paro declarado o en subocupación real. Se calcula que hoy día un tercio de los ingresos por exportaciones proviene de la venta de coca. Al referirse a la economía peruana se ha hablado de «economía drogadicta» o «economía cocalizada». Del narcotráfico se benefician los campesinos que cultivan, la banca privada que recibe y blanquea el dinero, la banca extranjera, los narcotraficantes y el propio Estado. El

narcotráfico se ha convertido en uno de los grandes agentes de la escena nacional del Perú en los últimos años.

*Un tercer elemento lo forma la subversión y la violencia. En Perú en concreto, **Sendero Luminoso**. La ignorancia irresponsable de algunos medios occidentales ha venido presentando hasta hace poco a Sendero Luminoso como uno más entre los movimientos de liberación de América Latina.*

La propia televisión española, en programa no lejano, incurría de lleno en este error. No era la única. Hasta hace no mucho tiempo Sendero Luminoso recibía ayudas económicas de Organizaciones no Gubernamentales y ha habido que llegar hasta 1991 para que Amnistía Internacional denunciase algunas violaciones de los derechos humanos cometidas por los senderistas.

SENDERO nace en Ayacucho, en la universidad de Huamanga, una de las zonas más pobres de todo el Perú. Es un grupo político-militar que se ha desgajado del viejo Partido Comunista Peruano (PCP). Ha ido creciendo en violencia al tiempo que iba perdiendo influjo en la sociedad. Renuncia sistemáticamente a entrar en el campo de la lucha política y a las reivindicaciones laborales. Para SL el Estado y el ejército son simplemente violencia.

Sólo a través de la violencia revolucionaria, que es la verdadera ley universal, se podrá llegar a la paz absoluta. Cuanto se oponga a este principio, venga de donde venga, sean las reformas del gobierno militar de los años 68 a 75 o de los gobiernos republicanos del Perú hasta nuestros días, son fascismos que hay que extirpar violentamente. Para SL no existen los adversarios. El «viejo Estado» tiene que ser demolido desde sus cimientos hasta llegar al «nuevo Poder» en el que esta implacable dictadura del partido controle todas las organizaciones intermedias y a través de ellas toda la sociedad. Para ellos «el poder nace del fusil». En la última época se han infiltrado en algunos movimientos de barrios y organizaciones populares. Si no consiguen hacer triunfar sus planteamientos, amenazan y asesinan a los dirigentes de esos movimientos. Se calcula que los daños del sabotaje de SL (unos 18.000 millones de \$ de pérdidas) equivalen al total de

la deuda externa del Perú. En sus doce años de vida SL ha causado la muerte de unas 25.000 personas. El viudo y los hijos de M.^a Elena, la «madre Coraje» del Perú, podrían dar un testimonio elocuente.

Intentos medio frustrados

NO son éstos (la derecha, el narcotráfico y Sendero Luminoso) los únicos agentes que han jugado un papel en el escenario del Perú.

Ha habido en los últimos cuarenta años grandes campañas que han dado frutos innegables. Una de ellas ha sido la lucha por la alfabetización y educación. En 20 años, la población universitaria del Perú se ha multiplicado por diez. Las reivindicaciones campesinas llevaron a la ley de Reforma Agraria de 1969 de Velasco Alvarado. Sin embargo estas mejoras se han quedado atascadas a medio camino. Porque las grandes masas de población no han llegado a disfrutar de los modestos beneficios que las campañas pretendían. No pocos peruanos, que han alcanzado título universitario, no pueden ejercerlo y han venido a aumentar las masas de desocupados que deambulan por las barriadas y los «pueblos jóvenes» sin oficio ni beneficio.

El ingeniero agrónomo Alberto Fujimori políticamente hablando era, pocos meses antes de su elección en 1990, un desconocido. Hizo una campaña sin partido, sin grandes reformas, sin grandes plataformas ni agentes de seguridad personal. El triunfo del «chinito» representó entonces una gran sorpresa para todos.

A los diez días de haber tomado posesión como presidente lanzaba un plan de saneamiento casi desesperado de la economía peruana. La gasolina y algunos elementos básicos, como el pan y la leche, multiplicaban su precio entre quince y treinta veces. Todo ello formaba parte de un plan que trataba de estabilizar la economía controlando la inflación y el déficit fiscal, de reinsertar el Perú en la comunidad financiera internacional y realizar un ajuste estructural del sistema económico. El Perú en la última época, con una deuda

externa de 21.000 millones de \$, paga todos los meses al FMI 60 millones de \$ en concepto de intereses atrasados de la deuda. Es la cantidad que necesita para pagar a los maestros, enfermeros, médicos, policías...

ASÍ llegamos al «Fujigolpe» decidido en el «Pentagonito» de Lima el 5 de abril. No ha sido la única «intentona» militar en Latinoamérica. En los últimos meses ha habido chispazos golpistas en no pocos países: Venezuela y el asalto del palacio presidencial por un grupo de militares, Bolivia y los rumores frecuentes de golpe de Estado, Argentina y los carapintadas. Ahora Perú. Las primeras encuestas después del golpe y personas fiables que conocen de cerca la situación actual del Perú afirmaban que un 73 por 100 de la población peruana aceptaba el golpe como «mal menor» o como algo que se veía venir. No son pocos los que creen que la clase política y las instituciones habían dado la espalda escandalosamente a las necesidades de la población. Políticos conocidos y significados, con barniz de pacotilla de justicia social, pasan entre las gentes de allí por haber cometido grandes latrocinios en un país empobrecido y endeudado.

Todo esto desde luego no justifica el golpe ni lo convierte en remedio aceptable. Pero de alguna forma lo hacía temer y lo explica. Desde situaciones incomparablemente más saneadas que las de Perú se pueden lanzar proclamas a favor de la libertad y democracia. De poco servirían, si acaso sólo para arrullar nuestra conciencia, si no se intenta erradicar cuanto antes las causas que llevan a un país a la ruina o al cuartelazo. ¿Qué pasa con la distribución de tierras y las necesarias reformas agrarias, qué ocurre con los sistemas fiscales, qué se puede decir de algunos sistemas neoliberales que crean pobreza en lugar de repartir mejor la riqueza? América Latina tiene una de las distribuciones de ingresos más desiguales del mundo. El 65 por 100 de la población del Perú, de Bolivia o de Centroamérica está en condiciones de extrema pobreza, claramente por debajo de la renta media anual latinoamericana, actualmente unos 2.000 \$.

Es lógico preguntarse si hay alguna salida. Una pequeña

esperanza radica en las «organizaciones populares». No son fuertes ni pueden sacar al país de la crisis. Fujimori no se ha apoyado en ellas sino que ha buscado pronto, desde el comienzo de su presidencia, el respaldo del Ejército. Tampoco les prestó atención el APRA, partido al que pertenecía Alan García. Afortunadamente esas organizaciones populares, en las que se han insertado muchos de los cristianos más comprometidos de esta hora, no se han reducido a labores asistenciales, que son también urgentes, sino a una verdadera tarea de concienciación social. La Iglesia más cercana a los desfavorecidos desea convertirse allí en plataforma de consenso para luchar contra la violencia y promover la vida.

UNOS niños de una barriada de Lima, apenas llegados a muchachos, escriben en una pared «Nosotros somos el futuro». Ese futuro aparece amenazado hoy con el fujigolpe pero también con todos los males sociales que casi han llegado a hacer del golpe un «mal menor». Nuestra defensa de la democracia, si es sincera y no sólo mitin de salón, tiene que ir más allá. La denuncia del golpe tiene que llegar a la denuncia —y en la medida de lo posible a la erradicación— de las causas reales que erosionan la democracia como posibilidad de vivir humanamente en paz y en solidaridad.